# Machado de Assis

Juan Gustavo Cobo Borda

**CON MOTIVO DEL CENTENARIO DE LA MUERTE DEL GRAN NOVELISTA BRASILEÑO MACHACHO DE ASSIS (1839-1908), COBO BORDA REPASA ALGUNAS DE SUS OBRAS Y SEÑALA SU ALTO SIGNIFICADO.**

Joaquim María Machado de Assis (1839-1908). Mulato de Río de Janeiro que bajaba del «Morro de Livramento» a vender conservas de coco en el centro de la ciudad. Su padre, negro, era pintor de paredes, su madre, nativa de Portugal, era lavandera. Tartamudo y epiléptico, escribió teatro y crítica de teatro, poesía y ensayo, centenares de cuentos y siete novelas. Es, no hay duda, el más importante escritor del siglo XIX en portugués y en español también. Entre Cervantes y Benito Pérez Galdos el terreno es tan yermo como lo es Castilla. Autodidacta. Se inicio aprendiendo francés con Madame Gallot, dueña de una panadería. Frecuenta la librería de Paulo Brito y en 1856 entra como aprendiz de tipógrafo a la Imprenta Nacional. Más tarde, al ingresar en el «Correo Mercantil», cubrirá los debates en el Senado e iniciará una mansa y sin altibajos carrera de burócrata en el Ministerio de Agricultura. No es de extrañar que muchos de sus cuentos y novelas estén salpicados de agudas observaciones sobre ambiciosos que se afanan por ingresar en la política y cambios en los personajes, determinados por el ascenso y caída de fugaces ministros.

Durante su vida concluye la monarquía de Don Pedro II y nace la república del mariscal De Fonseca, en un país donde hasta 1880 no fue abolida la esclavitud. Por ello su liberalismo progresista, su anticlericalismo en pos de una modernización burguesa, que lo lleva a escribir un exaltado canto a los meritos de la revolución mexicana, se ve contrapesado por su fino equilibrio en la conservación literaria de un mundo que extingue, en apariencia: el de las

grandes casas de propietarios rentistas, con sus agregados y sus esclavos, sus hijas casaderas con el mejor postor y sus herencias siempre mal repartidas, con dolor y saña.

Como dice Roberto Schwarz, todo ello alude a «la persistencia de grandes familias rurales de la colonia en las condiciones de la ciudad y de la europeización del 800. El ideal de una sociedad compuesta de individuos libres y responsables –«orden y progreso», como reza el escudo de Brasil– que sin esclavos ni dependientes, ideal infuso de la sociedad burguesa europea, con la cual la sociedad brasilera no tenía cómo medirse, salvo al precio de saltar fuera de la actualidad y ante la cual ella aparecía como errada. Por ello la narrativa de Machado, sistemáticamente equivoca, muestra siempre la fascinación y la condena del orden patriarcal, dándole perpetua ambigüedad, tan culposa como asumida, por esas formas de vida caduca.

Cuando Europa es naturalista y América sigue romántica, la narrativa de Machado se hace psicológica e introspectiva. Ya no la salvaje naturaleza y sus aborígenes bravíos. Apenas funcionarios, profesores, médicos y abogados. Y curiosamente una franja muy notoria de orates y locos, que se preguntan si no es la vida, en definitiva, una insania donde nunca sabremos qué tan ciertas son las cosas que nos rodean, como en su magistral texto *El Alienista* (1882) donde la Casa Verde que rigió el alienista como prepotente dictador deja de ser casa de salud donde todos caben para finalmente convertirse en refugio donde Simón Bacamarte será su único habitante. El medico que diagnostica es el paciente que a sí mismo se encierra: él también puede creerse, como sucede con otros personajes de Machado, igual a Napoleón III, ir a la luna o a montar uno de los descendientes de los caballos que estuvieron en Maregno.

Quizás por ello Carlos Fuentes en un texto del 2001: *Machado de la Mancha* lo adscribe a esa tradición de la mancha –Cervantes, Sterne, Diderot– en contraposición a la tradición de Waterloo – el realismo de Sthendal y Balzac.

Cuando Rubión, en *Quicas Borbas*, se declara a Sofía, hablará de la luna y las estrellas, de la luna solitaria y las estrellas que son sus ojos. Ese arrebato lo desconcertará incluso más a él que a ella, pues cae preso del mismo engaño del cual se burla. Quizás ello

puede adscribirse a nivel biográfico, a quien convertido incluso en escritor de moda, ha aprendido todas las virtudes del camuflaje y a incorporar hasta el fondo todos los gestos de la gente decente, sus rituales y ceremonias. Burla de la sociedad donde ya es figura, y de sí mismo, en oscura ironía corrosiva, por su afán finalmente baldío de ser alguien: Presidente de la Academia Brasileña de Letras.

Pero el carácter doble de todo acto humano: lo que creemos esplendor se convierte en ruina, la salud plena puede ser augurio de enfermedad mortal, el absurdo que parece instalarse en medio de nuestros planes mejor elaborados, y la traición, que con garras y dientes, acecha en la sonrisas más seductoras, son algunos de los más recurrentes núcleos temáticos de Machado de Assis. Ellos adquieren una concreción inolvidable y única en un cuento como «Un hombre célebre», de su libro *Varias Historias* (1896), donde un músico, que siempre sueña y trabaja para si no emular sí por lo menos estar cerca de Mozart, Chopin y Bach, ve como todos sus sueños resultan aún más irrisorios al convertirse en un célebre compositor de polkas que toda la ciudad elogia, canturrea y baila. Polkas que a él no le cuestan ningún trabajo. Salen frescas, e inolvidables y son arrebatadas por el público.

> «Las estrellas le parecían notas musicales que estaban en el cielo en espera de alguien que fuese a descolgarlas; tiempo vendría en que el cielo quedaría vacío, pero entonces la tierra sería una constelación de partituras». (P.39).

Pero el idealismo de este artista, en la soledad de su refugio, circundado de efigies inmortales – Cimarosa, Beethoven, Shumann– contrasta con la eficaz superficialidad de los empresarios que le encargan las polkas, y se lucran con ellas, en un dialogo que aún podemos repetir, al referirse al titulo impuesto a una de ellas:

Pregunta Pestana:
– Pero, ¿Qué quiere decir *Candongas no hacen fiesta?*
– No quiere decir nada, pero luego se populariza»

Harto de todos estos equívocos, y de los sinceros ecos que puede suscitar una imagen en la cual no quiere reconocerse (admiraciones, pasiones, éxitos), Pestana en su lecho de enfermo, recibe

el postrer encargo: una polka que festeje la subida del gabinete conservador que se acaba de formar.

«Oiga –dijo Pestana–. Como he de morirme pronto, le dejaré hechas dos polkas: la segunda para cuando vuelvan los liberales»

Dos caras del mismo tema. Dos rostros de una lúcida desilusión, la de pensar que la razón y la ilustración, que nos hará mejor y menos áspera la vida, hará perder también el encanto sugestivo y misterioso de esos orígenes oscuros que nos determinan. Que nos obligan a mirar con ojos sesgados y críticos todos los valores, incluso los de la creación misma. Por ello vale la pena iniciar este recorrido por la orbita de Machado de Assis, con uno de sus poemas titulado «Una criatura». La traducción se debe a Jaime Tello, un gran traductor colombiano, quien desarrollaría buena parte de su tarea en Venezuela. Es este entonces el primer rostro de este hombre que tuvo tantos como sus libros, esos libros de poesía que se titulaban *Crisálida* (1864). *Falenas* (1870) *Americanas* (1875).

## (JOAQUIN MARÍA) MACHADO DE ASSIS
## (1839-1908)
## UNA CRIATURA

Sé de una criatura antigua y formidable,
Que se devora los miembros y las entrañas
Con la gula perenne de su hambre insaciable.

Habita por igual en valles y montañas
Y en el mar, que se rasga a manera de abismo
Y se distiende en convulsiones extrañas.

Trae impreso en la frente obsceno despotismo.
Cada mirar que lanza, acerbo y generoso,
Parece una expansión de amor y de egoísmo.

Fríamente contempla el desespero, el gozo;
Gusta del colibrí, gusta de la lombriz,
Y ciñe al corazón lo bello y lo monstruoso.
Son para ella inermes el chacal, la perdiz;

Y pasa por la tierra imperturbable, duro,
Cual vasto paquidermo sobre la arena gris.

En el árbol que nace va previendo el futuro,
Ve la hoja que lenta su forma final cobra,
Luego la flor, y aspira hasta el aroma puro.

Esta criatura siempre está en toda obra:
Despetala la flor y le corrompe el fruto
Y para destruir tiene fuerza de sobra.

Por igual ama lo poluto y lo impoluto;
Comienza y recomienza la lid, lucha perdida,
Y sonriendo obedece al divino estatuto.
Tú dirás que es la Muerte: Yo diré que es la Vida.

De esta dualidad perenne se nutre su obra toda, como sucederá con las *Memorias Póstumas de Blas Cubas* (1880) sobre la cual dirá Susan Sontag en 1990: «es acaso uno de esos libros de sensacional originalidad, radicalmente escépticos, que siempre impresionarán a los lectores con la fuerza del descubrimiento personal» ©